

de su pasado, entre ellas la crisis de deuda de los ochenta, y sus enormes reservas de riqueza real, tanto natural como humana, está quizá mejor ubicada para hacerlo que la mayoría de los países del mundo. Pero si, y solo si, sabe primero reconocer su propio potencial. ■

¿HUBO UN FIN DE LA HISTORIA?



JORGE VALENCIA JARAMILLO

En 1992, Francis Fukuyama escribió un libro que causó un gran revuelo político, económico y social. Decía él que las luchas ideológicas para definir el mejor sistema de gobierno, y cuál era el más indicado de todos los métodos para que la sociedad produjera los bienes necesarios para su supervivencia, habían terminado con la disolución de la Unión Soviética y el fracaso del marxismo leninismo, en toda su extensión. Era claro, entonces, que la democracia liberal y el capitalismo o economía de mercado, se habían impuesto en todos los países desarrollados, después de siglos de ensayo y error, de dictaduras, de monarquías, de hegemonías de todos los

colores, de una especie de evolución darwiniana, vista con el prisma de los siglos. Eran, en definitiva, el ejemplo a seguir.

Que la democracia liberal misma podía tener muchos defectos, cierto que sí, pero que siguiendo a Churchill, con su pensamiento de profundo humor negro afirmaba, que no había más de dónde escoger, ya que los otros sistemas, paradójicamente, eran todos peores. Era, sin más ni más, el mal menor.

Y en cuanto al capitalismo, la historia misma de la humanidad podía ser muy dramática, a veces de horror por las terribles injusticias cometidas, pero no obstante y a pesar de todos los cuestionamientos éticos y morales, se había probado hasta la propia saciedad, que el egoísmo o la ambición humana —yo primero siempre— estaban, siempre están, por encima de todo otro sentimiento o, mejor, que en su camino, de forma deliberada o ciega, aplastaba lo que fuera, y que esa fuerza ciega, por lo tanto, empujaba el mundo, a menudo sin piedad alguna, pero de manera bastante productiva y eficiente. La mano invisible no tenía, no tiene corazón. Lo anterior para recordar en este momento, al economista y filósofo escocés, Adam Smith, padre incuestionable de la economía clásica.

Sin embargo, esto que luce tan claro y definitivo y contundente, no resultó, después de todo, ser el fin de la historia de Fukuyama. La historia siguió o volvió a empezar, si se quiere. La humanidad, la sociedad, los hombres nunca se detienen como no se detienen los ríos o, como dice Heráclito, viven en un devenir perpetuo, en una lucha de opuestos que no tiene fin.

Entonces, ahora se está cues-

tionando a fondo, tanto la democracia como el propio capitalismo.

Se afirma que los partidos políticos, esenciales en la vida de esa democracia, son un nido de corrupción permanente, que solo buscan enriquecerse y permanecer en el poder, violando todos los principios de la ética social. Que son mucho mejores, más eficientes, los gobiernos de mano fuerte, las dictaduras, y dan ejemplos a montón. Aquí y acullá. No hay duda, por lo tanto, que la Democracia, con mayúscula, está en discusión.

Y del capitalismo, ni hablar. Nadie puede negar que desde que se perfeccionó la idea de proponer trabajo —mano de obra— a cambio de capital (salarios), para abolir así la terrible esclavitud o la servidumbre que había sobrevivido por siglos, después del siglo XIII, el mundo cambió, cambió de manera fundamental en todos los sentidos. Cientos de millones de personas disfrutan hoy de mejores condiciones de vida, el avance, por lo tanto, ha sido sustancial.

Pero también ese crecimiento, esa riqueza, ha resultado ser profundamente desigual y tenemos hoy día sociedades con serias fracturas. Pero aquí sí no aparecen las opciones, los sistemas ya probados que puedan reemplazar a ese capitalismo llamado salvaje por muchos, a ese capitalismo despiadado. ¿Socialismo otra vez?, no, mejor ni hablar, entonces, ¿qué?

Pero aparecen nuevos teóricos que afirman que los que han puesto en práctica el socialismo, o el marxismo leninismo, no lo han sabido hacer, que hay que volver a empezar para corregir los errores.

O sea, la historia, para muchos, debe volver a empezar. ■

LA CRISIS DE LA MODERNIDAD



H. C. F. MANSILLA

Hasta los ricos viven ahora peor que los privilegiados de ayer: antes de la Segunda Guerra Mundial los magnates podían gozar en sus villas de los encantos de una campiña más o menos bien preservada y de una atmósfera aún libre de las impurezas modernas; podían ahorrar tiempo y energías mediante sus carruajes y lacayos y sabían gastar su dinero para mostrar ostentosa e inequívocamente su preeminencia social. Hoy, en cambio, los miembros de las élites respiran el mismo aire contaminado que los estratos subalternos, sus automóviles de lujo no pueden avanzar más aprisa que los de los obreros en calles y carreteras atestadas y siempre insuficientes para el tráfico, y sus actos dispendiosos no sirven ya para diferenciarse del estilo de vida de las clases medias.

Por otro lado, la calidad de la vida, sobre todo en el Tercer Mundo, ha bajado sin duda alguna en los últimos decenios, paradójicamente en medio del progreso material y del despliegue más espectacular de los avances tecnológico-científicos en toda la historia de la humanidad.

Los experimentos socialistas iniciados en 1917 —en cuanto los intentos más serios que se han hecho para superar metódicamente el vilipendiado sistema capitalista— duraron largos decenios, y ahora podemos observar que realmente no sirvieron para corregir esos aspectos deplorables que los marxistas consideraron como exclusivos de la sociedad capitalista. Cuando gozaron del poder, los socialistas construyeron élites inmensamente privilegiadas y alejadas del ciudadano común y, simultáneamente, un sistema económico y social signado por el atraso, el estancamiento, el uniformamiento cultural y la represión política.

Por otro motivo parece que la situación actual es mucho más compleja de lo que nos imaginamos. Desde la crisis energética de 1973 se multiplican las voces que señalan las dificultades emanadas tanto de la clásica civilización industrial como de la actual sociedad de servicios, dificultades que no provienen estrictamente del orden sociopolítico o del régimen de propiedad de los medios de producción, sino de la dinámica imparable de crecimiento, utilización de los recursos naturales y sobrecargas ejercidas sobre el medio ambiente.

La modernidad está en crisis. Estamos muy lejos de aquella jubilosa celebración de la era moderna que cantó en 1911 Ernst Troeltsch mediante su hermosa obra *El pro-*

testantismo y el mundo moderno: la tolerancia y convivencia pacífica de diversos credos practicados simultáneamente, la separación de la Iglesia y el Estado, el predominio de la razón, el libre examen y su corolario secular, el carácter científico-racionalista de toda la cultura y el optimismo histórico pleno de confianza en el progreso, serían los aspectos positivos de esa excepcional síntesis entre protestantismo y modernidad.

Pero el mismo Troeltsch se percató ya entonces de los elementos deplorables y autodestructivos de este orden. El individualismo racionalista,preciado como el núcleo del sistema, tendía a transformarse en un “relativismo de efectos disolventes y atomizantes”. El trabajo racional y metódicamente disciplinado, con su “previsibilidad y su ausencia de alma”, “su competencia implacable” y su “falta de compasión”, no significaría “ningún amor al mundo”, sino más bien quebrantaría “el impulso de reposo y goce”, se desligaría por completo “de todo compromiso ético” y conduciría al “señorío del trabajo sobre los hombres”.

Basta ver hoy en día las sociedades en las que aún prevalecen credos protestantes: decadencia generalizada de la estética pública, espíritu ferozmente antiaristocrático de las ahora dominantes clases medias, perfección técnica combinada con frialdad total en las relaciones humanas, consumismo grosero barnizado de falso cosmopolitismo, y una larga retahíla de fenómenos similares. A manera de ilustración, es bueno recordar las palabras de Karl Jaspers, un gran protestante: “Los alemanes no viven unos con otros, sino unos al lado de otros”.